

REPORTAJES



Mauro Valenti de la Serie *De mi miedo a los payasos* (2005)



REPORTAJES

Estrategias -Psicoanálisis y Salud mental- formula cinco preguntas a cinco notables de diferentes ámbitos y disciplinas. Bajo el título “El lado oscuro de los ideales” nos proponemos interrogar el alcance del eclipse de la función normativa del Ideal dicho en singular, que redondo en el ocaso más o menos marcado de las diversas figuras de autoridad. En este sentido la llamada “minusvalía del Ideal” que se proyecta en la emergencia de múltiples ideales, produce un escenario en el que toman impulso nuevos lazos horizontales y síntomas originales, fundados tanto en la desconfianza del signifiante amo, como en la promoción de un disfrute obligatorio, que inaugura el imperativo de volverse “empresario de sí mismo”, tomando la expresión de Michel Foucault

EL LADO OSCURO DE LOS IDEALES

1. Con la declinación del ideal y a distancia de los últimos prestigios del padre, la emergencia de múltiples ideales hechos a medida pareciera presidir el empuje a que cada uno asuma la tarea de “inventarse”, encontrar el modo de darse un ser, sin el apoyo de la tradición una vez evaporada la figura del padre.
¿Qué porvenir vislumbra para una sociedad donde parece imponerse la consigna del *¡Hazlo por ti mismo!* propia de algún slogan publicitario?
2. Sigmund Freud había acuñado la fórmula: “Los que fracasan cuando triunfan” para referirse a la circunstancia en la que la felicidad del ideal alcanzado, se veía malograda por la incidencia oscura de una culpa. En la actualidad la presencia de una culpabilidad difusa, se liga más bien a la incapacidad del logro de una felicidad devenida obligatoria.
¿Qué consideración le merece esta paradoja?
3. Desencanto, aburrimiento, depresión, junto a sus enveses de fanatismos, exitismos y manías generalizadas, son diferentes nombres que asumen en el plano subjetivo la dispersión actual del ideal. En el arco que se dibuja entre el derecho y la obligación, el imperio del disfrute parece confinar en la auto-explotación del sujeto.
¿Qué lectura puede conjeturar del mencionado estado de situación?
4. Inmersos en la ideología de la evaluación, es posible advertir que el crecimiento del registro de datos y la consecuente protocolización de la vida, reducen el hombre al régimen de la cifra. Instalada la alianza entre diferentes programas del Estado, las terapias cognitivo-conductuales (TCC) y el pool de neurociencias se pone en marcha un ideal de homeostasis social que es desmentido a cada momento por un “real” renuente al cálculo, que desafía cualquier ingeniería social.
A su juicio ¿cuál podría ser el modo de refrenar y/o contrarrestar, el avance de esta ideología?
5. Los programas de salud mental contruidos en torno a una salud mental idealizada, con aspiración universalista, descansan las más de las veces en una querrela de ideales que no siempre armonizan entre sí. Entre el afán libertario y el psicologismo ambiente, de patina cientificista, el ideal siervo de la sociedad proyecta una sombra que choca con el refugio en la enfermedad, la satisfacción paradójica y hasta ciertos síntomas originales del sujeto, que encarnan una solución más allá del pretendido universal.
¿Cómo concibe este problema desde su disciplina?



Psicoanalista. Miembro de la Asociación Mundial de Psicoanálisis, de la Escuela de la Orientación Lacaniana, y de la Nueva Escuela Lacaniana. Miembro de Honor de la Escuela Brasileira de Psicoanálisis, de la Escuela Italiana de Psicoanálisis. Presidente de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (2002-2006).

Directora del Instituto Clínico de Buenos Aires. Directora de la Maestría Clínica de Psicoanálisis de la Universidad Nacional de San Martín en Buenos Aires. Autora de varios libros, entre ellos *Comentario sobre el Seminario 11; Fundamentos. El Acto Analítico; Joyce, el síntoma-La tercera* en coautoría con Sergio Laia (Gramma); *La clínica y lo real* (Gramma); *III Coloquio Seminario EOL Sección Rosario. La pregunta por la causa - El psicoanálisis entre la ciencia y la religión* - Graciela Brodsky, Fabián Naparstek y otros (Gramma) *La locura nuestra de cada día* (Pomaire) y múltiples artículos en diversas publicaciones especializadas. Además, es responsable del establecimiento y traducción de los Cursos dictados por Jacques-Alain Miller.

1. Esa tensión entre lo uno y lo múltiple, apunta en la pregunta basta para hacernos intuir que tenemos algo diferente entre las manos. Es verdad que la decadencia de los ideales priva a la comunidad de los lazos que la unían, no obstante hemos de orientarnos con la réplica a la sentencia de Dostoyevski que intereso a Lacan: “si Dios no existe todo está permitido”, a la que Lacan replica: “si Dios no existe ya nada está permitido”.

Cuando la incredulidad y la irrisión, al menos en occidente, alcanza a todas las formas de autoridad, lejos de dar rienda suelta a lo reprimido hace proliferar el control, allí donde antes regía una ley. A propósito de este tema planteo en el Prólogo al libro de Silvia Ons *Violencia/s* (2009) que lo que vino al lugar de los ideales caídos es una sociedad de la vigilancia doméstica, de la burocracia administrativa, de los protocolos estandarizados en los que ya nadie encaja. La caída de los ideales no abrió las cárceles del goce dando rienda suelta a la satisfacción y el descontrol como imaginaba un Hobbes. No hemos vuelto a ningún estado de naturaleza en el que las pulsiones se manifestarían sin censura. Por el contrario, a partir de la declinación de las figuras tradicionales de la autoridad, la utopía hipermoderna es hacer de cada uno un amo, un dueño de sí mismo.

2. En La Plata precisamente planteaba hace unos años, en el Segundo Coloquio -Seminario de la Orientación Lacaniana, que la clínica de hoy no es la clínica de Lacan y que la clínica de Lacan no es la de Freud. Por ejemplo, en el texto al que la pregunta hace referencia: “Algunos tipos de carácter dilucidados por el trabajo psicoanalítico” recordemos que es un texto de 1916, Freud allí reunía a “las excepciones”, “los que fracasan al triunfar” y “los que delinquen por conciencia de culpa”; y con ello arma una clínica del superyó. ¿La declinación del Nombre

del padre trae aparejada la declinación del superyó? Nada es menos seguro. El empuje a gozar sin culpa es propio de la caída de los ideales, no de la del superyó. El superyó pide más. Y el sujeto le ofrece su masoquismo sin culpa. Lacan no pensaba que había que había que desculpabilizar al sujeto por su goce. Más bien pensaba en avergonzarlo: “¡Míralos como gozan!”, decía en referencia a los eventos del mayo francés.

3. Blas Pascal afirma “Todos los hombres pretenden ser felices, sin excepción. Cualesquiera sean los medios que emplean para conseguirlo, todos tienden a ese fin. Unos van a la guerra y otros no van debido a ese mismo deseo de felicidad que existe en ambos, acompañado de diferentes perspectivas. La voluntad no da nunca ningún paso si no es con ese objetivo. Es el motivo de todas las acciones de todos los hombre, aun de aquellos que van a ahorcarse”

¿Cómo se produjo el desplazamiento desde una concepción subjetivista e incluso relativista de la felicidad que citamos, hacia la idea de una medida de la felicidad, incluso de una ciencia de la felicidad tal como propone Lord Richard Layard, a quien conocemos gracias a Eric Laurent?

¿En qué momento, y bajo qué circunstancias lo que fue virtud, hedonismo, beatitud, o inclusive útil (recordemos que la máxima utilitarista es “la mayor felicidad para el mayor número de personas posible”) se transformó en un imperativo paradójico: hay que ser feliz para estar sano, hay que estar sano para ser feliz? ¿En qué circunstancias ser feliz devino un estado cuya ausencia es signo de una enfermedad que será plaga?

La depresión es una de esas figuras que aparecen como el pelo en la sopa de cualquier programa higienista. Lo desesperante de la depresión, lo que la hace tan insoportable, es ese desprecio decidido a todo semblante, ese no dejarse engañar por



ninguna promesa de felicidad. Las adicciones, por ejemplo, llevan a quien las padece a buscar decididamente más goce, más felicidad; Freud las llamo quitapenas. Y esa búsqueda de un bien soberano en el goce pueda valer más que cualquier amor por la vida. El deprimido, en cambio, no encuentra nada en el mundo, ningún objeto con el cual suplir el goce que falta porque él mismo es el objeto *a* que se desprende del imperativo de felicidad de la utopía contemporánea.

En la actualidad, cuando la tristeza se confunde con la depresión y se toma por enfermedad, recordar la oposición que Lacan defiende en la televisión, para todo el mundo, tiene un valor especial. En primer lugar, no se trata de enfermedad sino de falla ética, y no de cualquiera: es asunto de cobardía. ¿Qué le permite a Lacan asimilar la tristeza con la cobardía, incluso con el pecado? No el DSM IV, sino Dante, que ubica a los tristes en el infierno, en un agua nauseabunda donde están por toda la eternidad y, lo que es más notable, donde se castigan interminablemente a ellos mismo saliendo del agua y volviendo a entrar. Véase al respecto el canto VII del Infierno. Lo que orienta a Lacan es Dante y Santo Tomás, que ubica a la tristeza entre los siete pecados capitales. Para el psicoanálisis, que no produce héroes, no hay otra cobardía que el rechazo del inconsciente. La relación entre el rechazo del inconsciente y la tristeza resulta entonces muy útil para aventurar una hipótesis sobre las razones que permiten comprender por qué cuando el imperativo de felicidad va acompañado de un no querer saber nada del inconsciente -como sucede con la utopía higienista- trae aparejado un aumento de la así llamada depresión.

4. En un artículo sobre las “Utopías contemporáneas” planteaba que a diferencia de las viejas utopías, las nuevas utopías que las encontramos reflejadas en periódicos y en revistas pseudocientíficas, fundan su promesa de felicidad tanto en la genética como en la neurociencia, la ideología de la evaluación, los estudios estadísticos que protocolizan la vida y aún las TCC participan igualmente de ellas. A la sombra de lo que podríamos llamar la utopía científica, nace la utopía higienista, una y otra se combinan con la estadística como aliada e inundan los periódicos. Si bien nadie se toma en serio este “océano de falsa ciencia”, sin embargo, estas nuevas utopías que encuentran un lugar en diarios y revistas, hacen emerger la figura del superyó por donde se atisba el tipo de condena a la que nos somete. El analista en tanto tal, no obstante, no se dirige al “todos”, sino que

busca en la multitud la brecha donde se aloja el sujeto y su goce, más aún se trata de crear esa brecha por donde el sujeto podrá retomar la palabra.

5. Vuelvo aquí a la cuestión de las utopías, así como la utopía moderna fue jurídica porque apeló a la ficción jurídica para restablecer cierto ordenamiento del semblante, la utopía contemporánea se nos presenta con el rostro de la biopolítica. No se apoya en la ciencia para aplicarla al diseño de una sociedad “científica”, sino para aplicarla sobre los cuerpos. De la mano de la ficción que ya no es jurídica sino científicista, busca en la estructura del cerebro y/o en la medida estadística, la posibilidad de predecir el hombre, sus actos, el enfermar. Por estas vías colectivas se aspira a planificar una suerte de paraíso “para todos” en la tierra, que puede ser caracterizada en todos los casos como el sofocamiento, más o menos metafórico, de lo singular en aras de lo universal, lo cual siempre desemboca en impases. Y tal vez, si se toma el tiempo para detenerse en ciertos “detalles”, se podrán anticipar las razones del fracaso que le espera a toda utopía que pretenda sacrificar lo singular de cada uno en pos de un bien para todos. Tomemos por ejemplo la anorexia, que en su momento Lacan definió como suicidio lento. Lejos de tratarse de una alienación a las figuras ideales y a una estética para todos, ¿por qué no pensar la anorexia como un rechazo a ese superyó que obliga a consumir? Comer nada no es solo una manera de preservar el deseo, es también una manera de rechazo a la tiranía del “cuidado de sí mismo”, con el resultado, paradójico, de consumirse a sí mismo.



Es profesor de sociología en la Universidad de Estrasburgo. Miembro del Instituto Universitario de Francia y del Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Estrasburgo (USIAS). Autor de las siguientes obras traducidas al español: *Desaparecer de sí. Una tentación contemporánea* (Siruela), *El cuerpo herido. Identidades estalladas contemporáneas* (Topia), *Rostros. Ensayo de antropología* (Letra Viva), *Conductas de riesgo, de los juegos de la muerte a los juegos de vivir* (Topía), *El sabor del mundo. Una antropología de los sentidos* (Nueva Visión), *La sociología del cuerpo* (Nueva Visión), *Las pasiones ordinarias. Antropología de las emociones* (Nueva Visión), *Antropología del cuerpo y modernidad* (Nueva Visión), *Caminar* (Waldhuter), *La edad solitaria. Adolescencia y sufrimiento* (LOM), *Adiós al cuerpo. Una teoría del cuerpo en el extremo contemporáneo* (La Cifra).

1. Estamos cada vez menos juntos, pero cada vez más lado a lado. El liberalismo que penetra el tejido social transforma el lazo social en una relación de competencia. Entramos en el tiempo del desprecio. Dar una significación y un valor a su existencia incumbe de ahora en más al individuo. No dependemos más de las tradiciones, de los caminos ya trazados.

El mundo del consumo se impone a cada uno como el único valor, el único horizonte. Si sabemos ser los artesanos de nuestras existencias, poseemos en nosotros el entusiasmo por la vida y sin dudas, también, la voluntad de cambiar el mundo para volverlo más propicio. Pero para muchos, vivir es un peso, se sumergen no en la abundancia de los posibles sino en el colapso del sentido, el sentimiento de la exclusión. Vivimos menos un individualismo de la libertad que un individualismo de la mercancía que fragmenta el lazo social y provoca el resentimiento de aquellos que son dejados de lado. Somos liberados en tanto consumidores, y no en tanto que ciudadanos. No es la mundialización de los hombres sino la del mercado.

La escalada de lo indeciso sobre lo probable impide proyectarse en un futuro previsible y feliz. Nadie sabe más muy bien dónde va. La sociedad tiende a mudarse hacia un sistema de competencia generalizada, es común hablar de “reciclado” permanente o explicar que de ahora en más será necesario para cada asalariado cambiar varias veces de trabajo en el curso de su existencia. Las fronteras de lo lícito y de lo ilícito, aquellas entonces, de los límites (de sentido) se desintegran. Son vividas más bien como obstáculos para el desarrollo personal. Sólo importa saber si se las puede transgredir sin daño. En cuanto a la violencia, tan a menudo denunciada en nuestras sociedades, es en el olvido que la más peligrosa viene desde el mercado mismo, de esta ausencia de escrúpulos

en la ganancia que conduce a cerrar empresas que sin embargo son rentables, con la perspectiva de obtener mejores beneficios en otro lado.

En una sociedad en la que se impone la flexibilidad, la urgencia, la velocidad, la competencia, la eficacia, etc., ser uno mismo no fluye más de modo natural en la medida en que es necesario dirigirse al mundo a cada instante, ajustarse a las circunstancias, asumir su autonomía. No alcanza más con nacer o crecer, es necesario de ahora en más construirse permanentemente, permanecer movilizado, dar un sentido a su vida, sostener sus acciones sobre valores. La tarea de ser un individuo es dura, sobre todo cuando se trata justamente de ser uno. Encontrar los soportes de su autonomía y bastarse a sí mismo está desigualmente dado. Todos los individuos no disponen de las mismas capacidades. El individuo está de ahora en más sin orientación para construirse, o más bien, está confrontado a una multitud de posibles y reenviado a sus propios recursos. Esta falta de apoyo social y la ausencia de regulación exterior no facilitan siempre el acceso a la autonomía. Todo individuo es, sin embargo, responsable de sí, incluso si está desprovisto de los medios económicos, y sobre todo simbólicos, para asumir una libertad que no ha elegido, sino que le es otorgada por el marco democrático de nuestras sociedades. Y está solo en esta búsqueda. No dispone más de su entorno, como antaño, de un marco político para afirmarse en una lucha común, no está más conducido por una cultura de clase y un destino compartido con otros. Estar bajo su propia autoridad implica recursos interiores renovados sin cesar, ésta es la fuente de inquietud, de desconcierto y moviliza un esfuerzo constante. La identidad se volvió una noción esencial para el cuestionamiento de cada individuo y de nuestras sociedades, ya que ella está hoy en crisis y alimenta una incertidumbre sobre la continuidad y



la consistencia de sí. El sentimiento de sí se vuelve más frágil. La transparencia ha desaparecido entre las diferentes formas de socialización y la subjetividad. Sostener su lugar en el seno del lazo social implica una tensión, un esfuerzo por mantener su posición, no dejar de ser sí mismo, y no perder su lugar en el seno de un mundo en plena obsolescencia.

2. La ambivalencia domina nuestras existencias, lo queramos o no. El individuo no es jamás completamente el autor de su existencia, no sólo a causa de su necesaria inserción en el seno del lazo social, que llama a la relación con otros, sino también porque no sabe, más que en parte, lo que él es y lo que hace. El psiquismo no es homogéneo, está en un equilibrio precario, en constante movimiento, entre tensiones contradictorias, cambiantes. Freud hablaba en este sentido de la tensión entre Eros y Tánatos, entre creación y destrucción. El individuo no está sólo del lado de la conciencia y de lo que piensa de sí mismo, ignora el peso de su historia personal que se inclina hacia comportamientos orientados hacia su pasado en detrimento del presente. En la vida corriente nadie se interroga sobre lo que él es, excepto en una ruptura, en una dificultad personal. Y esta mirada de uno mismo, incluso ambigua, no es más que un sondeo en una matriz de sí inaccesible porque está siempre en movimiento, circunstancial en su entorno e indecible en su núcleo más duradero. De allí surge, en nuestras sociedades, la importancia de la autobiografía, o del blog para las jóvenes generaciones, la necesidad de decirse para saber quién es uno. Por cierto, el relato de vida no es jamás la transparencia de los acontecimientos atravesados, sino siempre una interpretación, una lectura y una relectura a lo largo del tiempo. En ningún caso es una verdad, es sólo la última versión que un individuo saca de sí mismo. Para existir, la creencia se impone poseer una conciencia, un Yo, una identidad, incluso si es imposible de definir sus contornos con precisión, incluso si siempre está enfermo de responder a la pregunta ¿“quién soy”? en el desparramo de lo que somos a lo largo de los días, de las circunstancias y de los públicos. El sentimiento de identidad se transforma en un relato provisorio acerca de sí mismo, lo que Paul Ricoeur llamaba “identidad narrativa”, y/o Ulrich Beck “biografía reflexiva”. El relato de sí es un intento, siempre con efecto retardado, de reconstruir una unidad de su existencia, no en una objetividad impensable, sino en una búsqueda de sentido y de coherencia que no excluye la

reinterpretación, incluso sincera, de los acontecimientos. En todo momento el individuo se reconecta con su historia, no cesa interiormente de contarse reencontrando el hilo de su recorrido en los acontecimientos recientes, y en las situaciones presentes, engrana otros recuerdos que lo conducen al mismo tiempo a seguir siendo el mismo sin dejar de redefinirse a lo largo de los años.

La identidad que se construye y se reconstruye el individuo a través de su narración es sin duda una ficción, pero ella es el único medio de aproximarse a sí mismo a través de un proceso sin fin, que no cesa de modularse. Ella a veces es enmendada por los otros que no la reconocen completamente en su relato, y que la corrigen o la completan reinsertándola en un conjunto de varias voces. Sobre todo, cuando la demencia interviene y que otros toman la posta para continuar la historia de la persona.

La ambivalencia inherente a la relación con el mundo está más o menos pronunciada, y sucede que desgarrar al individuo, lo pone tristemente frente a situación de inestabilidad. Yo la cruzo permanentemente en mis investigaciones a propósito de las conductas de riesgo de jóvenes o del síndrome del deslizamiento en adultos mayores o incluso en esta búsqueda de borramiento de las restricciones de identidad. Además, la depresión, el burn out, por ejemplo, son también componentes posibles de la relación con el mundo, roturas que cambian radicalmente el sentimiento de sí. Según los episodios biográficos y el curso de la existencia, el individuo conoce la tentación del abismo, o al menos la de desaparecer, de ser otra persona o a la inversa, multiplicarse. Sin hacer de esto un principio de análisis, recordemos el propósito de Freud en el último capítulo de *Más allá del principio del placer*, que “la tendencia dominante de la vida anímica, y quizá de la vida nerviosa en general, la de rebajar, mantener constante, suprimir la tensión interna de estímulo”, él evoca en este sentido un principio de Nirvana.

3. Cada uno se vuelve su propio dueño y no debe rendir cuentas más que a sí mismo. Pero para ingresar al mundo y gozar de su existencia, es importante poseer la brújula para orientar su camino. Si nos sentimos los artesanos de nuestras existencias, poseemos el entusiasmo por la vida y sin duda también la voluntad de cambiar el mundo para volverlo más propicio, o al menos de construir para sí mismo las condiciones de una vida feliz. Pero para muchos vivir es un peso, están sumergidos no en la abundancia de los posi-



bles sino en una falta de significaciones, de perspectivas, la indecisión. Aspiran que un otro, un gran Otro, les diga finalmente qué hacer con una vida que los estorba. El esfuerzo de ser sí mismo, y de aceptar los datos de lo real impone una tarea sin fin que les parece sin horizonte. La fragmentación del lazo social aísla a cada individuo y lo reenvía a su libertad, al goce de su autonomía o, inversamente, a su sentimiento de insuficiencia, a su fracaso personal. El individuo que no dispone de sólidos recursos interiores para ajustarse e invertir los acontecimientos con significaciones y valores, que falta de una confianza suficiente en sí, se siente cada vez más vulnerable y debe sostenerse por sí mismo a falta de serlo por su comunidad. A menudo, se sumerge en un clima de tensión, de inquietud, de duda. Un individualismo de la libertad es suplantado por un individualismo de la mercancía que fragmenta el lazo social y provoca el resentimiento de aquellos que se sienten apartados.

Lo que más me ha llamado la atención al respecto reenvía a mi libro: *Desaparecer de sí, una tentación contemporánea*, donde analicé lo que denominé la blancura. Nuestras existencias a veces nos pesan, vivir se vuelve una inmensa fatiga. Incluso durante un tiempo, nos gustaría tomar licencia de las necesidades que le están ligadas. Darse en cierto sentido vacaciones de sí para retomar con nuevo aliento, descansar. Si nuestras condiciones de existencia son sin duda mejores que las de nuestros ancestros, ellas no desgravan de lo esencial que consiste en dar una significación y un valor a su existencia, a sentirse ligados a otros, a experimentar el sentimiento de tener su lugar en el seno del lazo social. La individualización del sentido, liberándose de las tradiciones o los valores comunes, se desprende de toda autoridad. La fragmentación del lazo social aísla a cada individuo y lo reenvía a su libertad, al goce de su autonomía o; a la inversa, a su sentimiento de insuficiencia, a su fracaso personal. A menudo, se sumerge en un clima de tensión, de inquietud, de duda. El entusiasmo por la vida no llega siempre a la cita. Muchos de nuestros contemporáneos aspiran al relajamiento de la presión que pesa sobre sus hombros, a la suspensión de este esfuerzo a realizar sin cesar para continuar a ser sí mismo a lo largo del tiempo y de las circunstancias, siempre a la altura de las exigencias hacia sí y hacia los otros. Incluso cuando ninguna dificultad pesa, la tentación de desprenderse de sí emerge en ocasiones, aunque más no sea por un tiempo, para escapar a las rutinas y a las preocupaciones. Toda descarga es propicia, permite desconectar un instante.

El islamismo radical, es decir, el *yihadismo*, es otra respuesta. Respuesta totalizante y totalitaria frente a la abundancia de sentidos y de valores de nuestras sociedades, a la posibilidad de discutir todo; un llamado al puritanismo en rechazo de un consumismo percibido como frívolo e inmoral; una exaltación de la virilidad proveniente de hombres que gritan por la dominación masculina, en el seno de sociedades donde las mujeres se liberan y reivindican su autonomía. Si la libertad es una chance por una inmensa mayoría, otros no poseen la brújula para lograr situarse, se sienten desorientados y solicitan en otro lado respuestas que nadie discute. Tal ideología, más allá de su eficacia por la claridad que difunde para evitar pensar en la complejidad de las cosas, acuerda bien con una visión del mundo adolescente que busca apasionadamente un orden frente a la incoherencia ética del mundo. En contra del individualismo de nuestras sociedades, el *yihadismo* muestra la nostalgia de la comunidad perdida, nunca conocida por otro lado, pero fantaseada, en la que cada uno tiene un lugar preciso atribuido por la tradición bajo la égida de Dios, las mujeres puestas bajo tutela, y una sociabilidad marcada por la austeridad, la espiritualidad y una serie de mandamientos precisos para jalonar el curso del día y de las relaciones sociales. El joven se identifica finalmente a un “nosotros”, no está más solo, logró volverse alguien. Accede a una organización psíquica que le faltaba. La terminología salida de los Hermanos Musulmanes conduce a nombrarse entre sí “hermanos” o “hermanas” en la fantasía de una comunidad musulmana fraterna, establecida además por la exclusión de aquellos que no lo son, o manifiestan una piedad demasiado tibia. A menudo, además, la entronización va de la mano con una nueva nominación del adepto. Su identidad es radicalmente restaurada para alimentar la trascendencia de los portavoces de Dios en el seno del Estado islámico (*Daech*). El grupo, incluso virtual, actúa como un envoltorio moral para el joven que lo corta del lazo social corriente y lo aísla en un entre sí, donde los otros son repulsivos.

El islamismo radical da testimonio de una voluntad de puesta en orden de un mundo que se ha vuelto demasiado ambivalente, demasiado complejo, donde la libertad es un peso. La necesidad de elegir permanentemente en todos los dominios de la existencia, en una sociedad donde reina el individualismo del sentido, es difícil de asumir. El individuo aspira a descargarse de las restricciones de su identidad, para no estar más en alerta cons-



tante, en un sentimiento de saturación, incomodado por una libertad inútil, cuando la confianza en sí mismo fracasa. El islam radical se plantea como alternativa a los modelos políticos occidentales. La democracia es impía a causa de sus debates innumerables, de sus controversias. Se opone a la unidad de la ley islámica de fuente divina. Si el mundo occidental es un lugar de perdición que traiciona el orden natural querido por el Corán, entonces para los *yihadistas* es conveniente erradicarlo, para restaurar la suma del poder de Dios a través de la *sharia*. Las leyes sociales y los valores que les subyacen están fuera de propósito para aquel que cree solamente en las leyes divinas. Para el islam radical, Dios es el único legislador, y las normas éticas planteadas por el Corán son imposiciones ya que son de esencia divina. La *sharia* es la única verdad. Todo el resto es impiedad. Dios no da orientaciones, sino directivas. El integrismo o la radicalización dan testimonio de un gran temor frente a la libertad propia del individualismo democrático. El reclutamiento se opera esencialmente a través de la “navegación” en internet o del encuentro con personajes carismáticos que convencen, poco a poco, a los dudosos a dar el paso. En las cárceles, en los barrios o a través de sus sitios de internet, construyen redes, confieren una legitimidad y ayudan a aquellos que desean pasar al acto o ir a Siria.

4. Toda forma viva tiende de ahora en más a ser percibida en el universo de la tecno-ciencia como una colección de información, las neurociencias florecen sobre esta liquidación de lo real. El mundo animado muda hacia un mensaje ya descifrado o en espera de serlo. La fetichización del cerebro o del ADN, que elimina al viviente concreto, comenzando por el individuo, es uno de los datos sociológicos más perturbadores del mundo contemporáneo. Tiende a ver al hombre como el despliegue sin retorno de los datos genéticos planteados como absolutos. La información vacía a los vivientes o los objetos de su sustancia propia, de su valor y de su sentido con el fin de volverlos comparables. Impone a la infinita complejidad del mundo un modelo único de comparación que permite poner sobre el mismo plano realidades diferentes liquidando su estatuto ontológico. La biología se volvió una ciencia de la información. No interesa al hombre sino a sus componentes elementales, sin interrogarse sobre la reacción que retorna de una apreciación que disuelve al individuo, incluso a la condición humana. El individuo no es más que la encarnación accesoria

de una serie de instrucciones que apuntan a su desarrollo. Las antiguas perspectivas de lo humano desaparecen y no encuentran en su camino más que genes, es decir, informaciones, una nebulosa significativa con rostro indiferente. Esta disolución del sujeto es pensada en consecuencias en el plano práctico o moral, ya que elimina lo concreto humano. La noción de información (en el dominio biológico o informático) rompe las fronteras entre el hombre y la máquina, y autoriza la humanización de la Inteligencia Artificial o las intervenciones génicas. Rompe las ontologías clásicas, destruye las distinciones de valor entre el hombre y sus instrumentos, e introduce un cambio moral considerable. La resolución del viviente y de lo inerte bajo la égida de la información abre la vía a la indiferenciación, al fin de los reinos: el hombre, el animal, el objeto, el *cyborg* no son más completamente distintos como en el humanismo tradicional. El mismo movimiento que humaniza con entusiasmo al, disminuye simultáneamente al hombre con desprecio, reificándolo. La información no tiene fronteras de especies o de reinos, ni cuidado por lo singular. Su antropología se vuelve una física meticulosa de los elementos, las barreras genéticas entre especies se rompen, entre los individuos mismos ya que sólo tienen valor y peso las cristalizaciones genéticas eventualmente provisorias y revisables. Una visión del mundo tal no permite más de entrada una moral, ya que el rostro del Otro no tiene espesor para tener que responder por sus actos. El hombre mismo se borra en la denigración de sí. Incluso si no estamos más que en el umbral del camino, la figura humana se desliza lentamente en el anacronismo.

La tecno-ciencia invierte actualmente en el continente corporal, es decir en el hombre mismo respecto del cual es susceptible de cambiar radicalmente su condición. Para obtener toda licencia para colonizar lo que constituye la identidad misma del hombre, ella debe modificar el ejercicio de la ética. Entramos lentamente en la era post-humanista. El hombre deja de ser la medida de todas las cosas, está eyectado de su antigua centralidad en el examen de los dilemas morales. El post-humanismo es una moral que consagra la humanidad al desprecio, una moral ya no fundada sobre la finalidad del hombre, la dignidad intrínseca de cada individuo en particular, sino sobre una tecnicidad pura, un utilitarismo sin límite, una voluntad de « mejorar » técnicamente al hombre, no para acrecentar su entusiasmo por la vida, sino para ir siempre adelante en la racionalidad, la *performance*, o más simplemente el prove-



cho económico, la información es la energía que alimenta al ultraliberalismo, su insidiosa arma de guerra.

Luchas contra esta hegemonía implica una movilización permanente en el plano social, político, económico y científico. Incansablemente hay que recordar que no hay humanidad sin gusto por la vida, y que el entusiasmo por la vida implica sentirse apostador de su existencia, en lazo con los otros. En nuestras disciplinas en ciencias humanas y sociales, es necesario recordar permanentemente que la información no es el sentido. En tanto que humano, nuestra materia prima se atiene a las significaciones con las cuales vivimos. La información es una liquidación del sentido, un utilitarismo que transforma el mundo en simulacro que emula lo real. Lo real es siempre un incabamiento de significación y de valor, marcado de ambivalencia, de ambigüedades. Jamás se sostiene en las fórmulas simplistas de las neurociencias.

5. Según mi mirada, uno de los síntomas más llamativos de los mundos contemporáneos, el que analizo en *Desaparecer de sí*, está relacionado con lo que denominé la blancura. Este estado de ausencia de sí, más o menos pronunciado, el hecho de tomar licencia de sí bajo una forma u otra a causa de la dificultad, o de lo doloroso de ser sí mismo. En todo caso, hay una voluntad de aflojar la presión. La existencia no se da siempre en la evidencia, a menudo es en efecto una fatiga, una estructura inestable. La blancura responde al sentimiento de saturación, de demasiado lleno experimentado por el individuo. Búsqueda de una relación amortiguada con los otros, es una resistencia a los imperativos de construirse una identidad en el contexto del individualismo democrático de nuestras sociedades. Entre el lazo social y la nada, dibuja un territorio intermedio, una manera de hacerse el muerto por un momento. A veces, la depresión, el *burn out*, el derrumbe del lazo significativo con los otros y su propia vida derrumban todo narcisismo, y el individuo fracasa en adherirse a su cuerpo y se desconecta dolorosamente. El sentido desaparece, el vacío se cierra sobre un sí mismo desinfectado, pero la muerte no está aún allí. No es sólo el cuerpo quien está provisoriamente en suspenso, sino el individuo entero, y particularmente sus pensamientos, sus investiduras, su relación con el mundo.

El universo de las representaciones que lo atraviesan permanentemente está interrumpido o borroso, la mediación del sentido se relaja. Desapa-

rece en el *blank* (en inglés: espacio desocupado, vacío). Mantiene su existencia como una página en blanco para no perderse o correr el riesgo de estar implicado, de ser tocado por el mundo. Permanece en la indiferencia de las cosas, aliviado del esfuerzo de ser sí mismo, a veces no sabe verdaderamente más quién es, ni dónde se encuentra, ni lleva ninguna responsabilidad hacia los otros o su propia existencia. El mundo no le concierne más, yerra en un "*no man's land*" que necesita para recuperar su aliento, relajar sus tensiones. Queda en el limbo, ni en la vida, ni en el lazo social, ni completamente dentro, ni completamente fuera. A veces dice: "Me puse en blanco", para evocar un olvido, una ausencia, una especie de paréntesis.

La blancura toca a un hombre o a una mujer común que llega al límite de sus recursos para continuar a asumir su personaje, está cansado, fuera de los movimientos del lazo social, pero lo sabe, y un día u otro puede volver a su antigua piel o acceder a una nueva después de ese momento de desaparición del que tiene necesidad para continuar viviendo. Vive entonces un momento paradójico para recrearse, hacer el vacío, despojarse de lo que se le volvió demasiado incómodo. Tal experiencia permanece bajo control. Pero a veces se vuelve un estado duradero que se impone a sí mismo cuando se desconecta y se abandona al peso propio de los acontecimientos sin querer actuar más en contra de éstos.

La blancura es un entumecimiento, un dejar caer, nacido de la dificultad para transformar las cosas. En este universo del dominio que se impone en el ambiente de nuestras sociedades neoliberales, es una paradójica voluntad de impotencia. Dejar de querer controlar su existencia y dejarse llevar. Es una búsqueda deliberada de la penuria en el contexto social de la profusión de objetos; una pasión de la ausencia en un universo caracterizado por una búsqueda desenfrenada de sensaciones y de apariencia; una preocupación por despojarse allí donde el ambiente social está embrujado por el mantenimiento de tecnologías y la acumulación de bienes; una voluntad de borrado frente a la obligación de individualizarse. Paradójica preferencia del menos en detrimento del más. Frente a la hipervigilancia requerida para continuar ejerciendo su autonomía, adopta el grado mínimo de la conciencia. Desea no comunicar más, ni intercambiar, ni proyectarse en el tiempo, ni participar en el presente, está sin deseo, sin nada para decir. Prefiere ver el mundo desde otra vereda.



Psicoanalista, Miembro de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis (ELP) y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis (AMP). Doctor por la Universidad Autónoma de Barcelona y especialista en Psicología Clínica del Hospital Universitario Río Hortega de Valladolid. Autor de más de ochenta publicaciones sobre psicopatología y psicoanálisis, y de algunos libros, en especial de *La invención de la enfermedad mental* (1.ª ed., Dorsa, 1999; 2.ª ed., Gredos, 2008), *Fundamentos de psicopatología psicoanalítica* (Síntesis, 2005), tratado del que es coautor con R. Esteban y F. Sauvagnat, *Estudios sobre la psicosis* (1.ª ed., AGSM, 2006; 2.ª ed., Grama, 2008; 3.ª, Xoroi, 2013), *Las voces de la locura* (Xoroi, 2016) con Fernando Colina, y *Estudios de psicología patológica*, Xoroi, en prensa.

1. *Inventarse*, referido a la condición humana, es una hermosa palabra. Estamos condenados a inventarnos. Con más o menos guías o ideales, el destino de cada uno de nosotros implica ingeniárselas con uno mismo para levantarnos cada día, desear, amar, hablar y todas esas cosas, a sabiendas de que vamos directos a la tumba, aunque no sepamos cuándo. Desde luego, eso obliga a un trabajo de invención permanente. O te inventas o sucumbes. El psicoanálisis ayuda mucho a inventarse. Por lo menos a mí me ayudó a eso.

No soy historiador. Sería una temeridad que me pusiera a opinar de cosas que me exceden y sobre las que no tengo conocimientos más que de oídas. Desconozco cuánto ha cambiado la subjetividad en el pasado siglo o en las últimas décadas. Tengo dudas, incluso, de que se puedan evaluar los cambios con tan poco tiempo de distancia. Por lo general, los historiadores se toman el suyo antes de dar su parecer.

Como psicopatólogo sí puedo opinar. Creo que hay algo nuevo en los últimos doscientos años. Se trata de la aparición de un nuevo tipo de *pathos*, la esquizofrenia, una forma de locura que pone en primer plano la relación del sujeto con el lenguaje, una relación xenopática, esto es, la experiencia del hombre hablado. Que sepamos, las alucinaciones verbales no se habían descrito con anterioridad al siglo XIX. De hecho, el primero en hablar de *voices* fue Esquirol. Eso indica que el hombre no sólo usa el lenguaje, indica también que el lenguaje habla en él, que es el lenguaje el que lo usa para hacerse oír. Esto sí es nuevo con respecto a los renacentistas, medievales y antiguos. La inspiración de Lacan está ahí, en ese hombre hablado, en ese *ventrílocuo*, como lo llamaba Jules Baillarguer al describir las alucinaciones psíquicas.

2. Su pregunta es muy ingeniosa y apunta una

respuesta que comparto. Hoy día, aunque no sólo hoy día, el sentimiento de culpabilidad puede encontrar un filón en la incapacidad del logro de una felicidad que se ha vuelto obligatoria. Estoy de acuerdo, aunque con ligeros matices.

La culpa no respeta tiempo ni está sujeta épocas. Es un ingrediente esencial de la condición humana. Como escribiera Freud en *El malestar en la cultura* (1929), la omnipresencia de la culpabilidad, expresada mediante autorreproches, remordimientos y otras manifestaciones sintomáticas, constituye una desgracia interior continua. Esta desdicha adquiere características trágicas en la clínica de la melancolía y la neurosis obsesiva. Freud sabía mucho de estas cosas. Era un genio. Para llegar a captar todos los brillos que tienen sus apreciaciones, hay que tener presente un matiz genuino de la lengua alemana. Se da en ella un íntimo vínculo entre la culpa y la deuda, puesto que el sustantivo *Schuld* alude tanto a una como a la otra, y el adjetivo *schuldig* designa tanto al culpable como al deudor. De ahí que el lacerante sentimiento de culpa aluda no sólo a una falta o transgresión, sino también al hecho de fallarle a alguien y de no cumplir con los deberes que se tienen hacia él. Por eso mismo, la culpa impone la obligación de pagar y sufrir las consecuencias.

Los matices del desacuerdo de los que hablaba antes se refieren la obligación de la felicidad. Yo no creo que la gente de la calle sienta el deber de ser feliz, como si eso fuera una máxima. En el mundo que vivimos, creo más bien que estamos atrapados en una vorágine de consumo alimentada por la insatisfacción esencial del deseo. El capitalismo ha dado con el *quid* del deseo humano, la falta, la insatisfacción, y le ha puesto a su alcance abundantes objetos de consumo para satisfacerlo. Pero lo que ha sucedido es que cuantos más objetos tenemos, más insatisfechos estamos. En esto nos diferenciamos, como la noche y el día, de los antiguos. To-



cante a este asunto, vale la pena evocar la anécdota referida por Diógenes Laercio en la figura de Sócrates, cuando, hallándose en el mercado ateniense a la vista de hermosos objetos, masculla para sí mismo: «Cuánto hay que no necesito».

3. La dispersión actual del ideal, de la que usted habla, se observa con todo lujo de detalles en la depresión, para centrarme en algo de lo que puedo opinar con más fundamento. La depresión ha triunfado. Es la única enfermedad que está más o menos bien vista, tanto por los enfermos como por la sociedad. Para hablar con propiedad, me referiré al síndrome depresivo, esto es, a un conjunto de síntomas y signos que suelen aparecer juntos y exteriorizan un trastorno reconocible, si bien pueden formar parte de una o varias enfermedades o estructuras clínicas diferentes. Desde un punto de vista general, llamamos depresiones a un tipo usual de experiencia humana que compromete la falta-en-ser, bien mediante la pérdida de alguien o algo especialmente amado o también a consecuencia del hastío que sobreviene al poseer muchos objetos y comprobar que ninguno satisface. Se traduce en el desfallecimiento del deseo y se experimenta en el dolor de existir, esto es, tristeza, aflicción y sin sentido de la vida.

Desde este punto de vista, se puede añadir que en este mundo capitalista y científico, la depresión destaca por la riqueza que genera a su alrededor. En ese sentido, la depresión es el síntoma y la caricatura de los discursos capitalista y científico: en primer lugar, se crea y amplifica la enfermedad (depresiones infantiles, depresiones sin depresión, etc.); en segundo lugar, se diagnostica al paciente enfermo de depresión mediante criterios (seudocientíficos) internacionales elaborados de acuerdo con los grupos farmacológicos y bajo la presión de la industria; en tercer lugar y conforme a lo anterior, se aplica un tratamiento con psicofármacos, medicamentos que se renuevan de continuo y multiplican su precio. Así enfocada, la depresión confluye con lo que tradicionalmente se ha llamado la histeria. Y confluyen tanto que, a veces, es difícil de distinguirlos. O, dicho de otro modo, una buena parte de la histeria de siempre se manifiesta hoy día a través de las depresiones. El histérico-deprimido, para decirlo con más propiedad, tiene a gala una singular forma de protesta, una contundente manera de decir «no» a las exigencias del capitalismo y al saber de la ciencia: «Me pides que produzca, que sea feliz y que triunfe, pues no puedo; me pretendes curar, pues no puedes».

Como se ve, los tiempos cambian pero la histeria permanece. Es una buena noticia.

4. No me gusta la homogeneización ni la protocolización de la vida. Por naturaleza, soy poco amigo de ritualizar la vida. Las obsesiones hay que respetarlas, pero no se pueden imponer como medio de vida saludable. En el fondo, de eso se trata, a gran escala, lo que se ha venido llamando la ideología de la evaluación.

Sobre este particular, yo hago la guerra por mi cuenta. Por ejemplo, suelo hablar, tanto en foros especializados como ante gente corriente, de locura, en lugar de psicosis, esquizofrenia, etc. Los motivos principales son dos. Por una parte, la inercia de la retórica de las enfermedades mentales es tan potente que conviene combatirla rebajando la densidad y el poder de los términos que emplea. En el momento actual, el inicio de numerosos tratamientos pasa por someter a los sujetos a un proceso de centrifugación. Con este movimiento giratorio rápido conseguimos a veces librarlos de todas esas adherencias psiquiátricas y psicológicas que determinan su presente y lastrarán su futuro, encadenados como están al grillete de la salud mental, ese instrumento de control desde donde se gestionan las minusvalías, los informes, las incapacidades, las bajas laborales, los ingresos, los tratamientos involuntarios, etc. Por otra parte, el diagnóstico psiquiátrico tiene hoy día un poderío incalculable. Cuando se pone por escrito y se firma que alguien es un esquizofrénico, un paranoico o un psicótico, ese acto marca inexorablemente su destino y a menudo se lo complica aún más. De ahí que se prefiera el término popular locura, el cual contribuye a mitigar ese determinismo fatal y rebaja la soberbia grandilocuente de la retórica científicista, además de que con él se recupera y restablece el tradicional binomio que hermanaba a los locos y los cuerdos.

5. La salud mental es una enfermedad en sí misma. Quizá no sea la enfermedad más grave, pero sí es una enfermedad. Los que trabajamos en ella tratamos de aligerar la inercia que aplasta la subjetividad y la diversidad. En muchas ocasiones, lo que podría ser un acicate para que los pacientes que nos visitan se alejaran de sus goces mortíferos y dejaran de fastidiarse la vida, se convierte en un problema añadido: diagnóstico mental, es decir, estigma; politratamiento psicofarmacológico del que no será fácil prescindir; terapia psicológica, a veces destinada al adiestramiento para hacer buenos ciudadanos, etc. En otras muchas ocasiones,



en cambio, logramos dar un pequeño empujón a los pacientes y, aunque trastabilen, siguen adelante con sus vidas, mejor de lo que estaban. Donde sí se aprecian los extremos más saludables y más insalubres de la salud mental es con los locos, tanto con los locos de remate como con los más normalizados. Con ellos, los que trabajamos en salud mental adquirimos un papel esencial, para bien o para mal, pero fundamental. Muchos de ellos nos acompañarán hasta nuestra jubilación. En las condiciones que yo trabajo, en el Hospital Universitario Río Hortega de Valladolid, la atención a los locos y a los grandes trastornados es facilitada por el repertorio de servicios con los que contamos, en especial los centros de salud mental, la unidad de hospitalización, el hospital de día, el centro de intervención comunitaria, la unidad de rehabilitación, etc. Creo que hacemos bastante por nuestros pacientes. No suscribo las críticas generalizadas. Nuestro trabajo es prioritario para muchas de las personas que nos visitan, aunque nuestra posición sea difícil e inestable. De puertas para fuera, estamos al corriente de que los ideales imperantes no siempre armonizan entre sí. Pero con el paciente a solas, las cosas cambian porque estamos en una burbuja ajena al ruido de las épocas, las modas y las teorías. Eso facilita las cosas. Ahí podemos ser clínicos y sustraernos a los compromisos que nos obligan con el bien público. Los psicoanalistas que trabajamos en salud mental, poquísimos en España, hacemos la guerra desde dentro. Es algo que vale la pena.



Epistemóloga. Doctora por la Pontificia Universidad Católica de San Pablo - Brasil. Bioquímica por Universidad de Buenos Aires. Master en Metodología de la Investigación Científica, por la Universidad de Belgrano, Buenos Aires. Su área de investigación abarca la construcción del saber, el pensamiento complejo y los nuevos paradigmas en las ciencias, especialmente en los campos relacionados con la educación, el cuidado de la salud, la arquitectura, la subjetividad contemporánea y las redes sociales. Es profesora de la Maestría en Psicología Educacional de la Universidad de Buenos Aires, entre otras universidades del país y ha sido profesora invitada en España, México, Brasil, Uruguay, Colombia, Costa Rica, República Dominicana y Chile. Es autora de *O sujeito encarnado. Questo es para pesquisa no/do cotidiano* (DPA, Rio de Janeiro, 2001); *Mirar con nuevos ojos. Nuevos paradigmas en la ciencia y pensamiento complejo* (Biblos, Buenos Aires, 2008); *Epistemología para principiantes* (Era naciente, Buenos Aires, 2008); *El mito de la objetividad* (Biblos, Buenos Aires, 2016); *El juego de los vínculos. Subjetividad y lazo social: figuras en mutación* (Biblos, 2005), así como numerosos artículos en revistas nacionales e internacionales. Miembro de los consejos editoriales de la “Revista Brasileira de Educação”, de la Revista Venezolana “Utopía y praxis latinoamericana”, de la Revista Mexicana “Andamios” de la UAM, entre otras publicaciones científicas.

1. A mí no me parece que el “Hazlo tu mismo” sea una consigna clave para entender de la época, aunque puede estar más o menos extendida. Coincido sí con que hay una atenuación, un debilitamiento de los ideales, que a mi entender es parte inevitable, y no necesariamente negativa, del proceso de licuación contemporánea.

Las narraciones “totales” propias de la modernidad sólida no tienen ya capacidad de movilización del deseo personal ni de la potencia colectiva. Y no me lamento en lo más mínimo, pues esos ideales expresaban una captura imaginaria basada en la esperanza de un progreso ilimitado del capitalismo o de una futura aurora emancipadora que establecería el paraíso comunista.

Esos ideales y su privilegio explicativo no nos dejaron ver los modos de existencia en su complejidad, nos capturaron en un mundo de abstracciones y nos encerraron en instituciones (partidos, organizaciones) jerárquicas donde la obediencia era la norma y el pensamiento vivo una excepción. Aunque todos rezaran cada día al pensamiento crítico, éste también estaba forjado por universales (por supuesto, los de un grupo podían estar en las antípodas de otros, pero todos proclamaban la posesión de la verdad). El mundo regido por los ideales está necesariamente disociado: la teoría separada de la praxis, el cuerpo de la mente, los afectos del pensamiento. Por eso para mí de lo que se trata es de cultivar un pensamiento que surge del habitar la experiencia presente, explorar su potencia y tejer los vínculos que promueven la vida.

Desde la invención platónica de las ideas nuestra cultura ha quedado aprisionada en la búsqueda de un mundo “perfecto”, como si todos pudiéramos concebir la perfección del mismo modo, o como

si tuviera sentido la noción misma de “perfección”. Cada quién debía intentar acercarse lo más posible al arquetipo ideal aún sabiendo que es imposible. De ese modo se nos impone una visión carenciada de nosotros mismos y una esperanza de alcanzar aquello que sabemos que no podemos lograr (lo que he denominado “captura de las utopías”). Esa búsqueda adquirió distintos modos en la historia de occidente, uno de los últimos es el de los grandes relatos de la modernidad sólida. Tal vez tengamos ahora la oportunidad de no volver a empezar “el cuento de la buena pipa”. Espero que en lugar de buscar nuevos ideales (ídolos) de remplazo nos atrevamos a vivir a la intemperie, a explorar las situaciones de vida, para que de ese modo se puedan crear otras formas de existencia que no nos dejen cautivos tras la esperanza futura de un futuro mundo mejor (aquí en la tierra o en el cielo), sino que promuevan la potencia y la alegría en el día a día. Eso no significa una condena a la salida individualista o el hágalo usted mismo, sino una ruptura con los modelos hegemónicos y una búsqueda tan personal como entramada que no surge de la obediencia, del deber o del mandato sino de los encuentros que nos potencian, del trabajo activo de la diversidades, de la creación en la tensión.

2. No estoy segura de comprender la pregunta, pero coincido en que una de las marcas de época más poderosas es la “obligatoriedad de la felicidad”. Bárbara Ehrenreich, una de las estudiosas más interesantes y provocadoras sobre este tema ha escrito un libro sumamente esclarecedor al respecto: *Sonríe o muere*. En él da cuenta de las fuentes y perversiones del “pensamiento positivo”



(en sus muy diversas variantes) que hoy forman parte inextricable de la subjetividad neoliberal (que nos afecta a todos, comulguemos o no con la ideología neoliberal)

Byung-Chul Han en *La sociedad del cansancio* nos habla de la violencia de la positividad. Sus planteos han tenido amplia repercusión, y son una invitación a la reflexión sobre este fenómeno contemporáneo del “emprendedor”, que él denomina “sujeto del rendimiento”, que pretendiéndose libre, es en realidad un esclavo absoluto, ya que se explota a sí mismo. Aunque el trabajo de este autor es casi exclusivamente especulativo y no suele citar las fuentes de investigación en las que se basa, su mirada es aguda y sus reflexiones valiosas para pensar la subjetividad contemporánea. Desde mi mirada sus planteos son extremadamente dicotómicos, pero al mismo tiempo sumamente lúcidos. Distingue las transformaciones de los modos de dominación, como cuando sostiene que en la actualidad “Los proyectos, las iniciativas y la motivación reemplazan la prohibición, el mandato y la ley” o cuando plantea que “Hoy no se tortura, se tuitea y se postea”. Cualquiera que preste atención a lo que lee (algo cada vez más infrecuente) notará que el planteo es absurdo en su extremismo porque la tortura ha alcanzado en la actualidad una época de gloria, llegando incluso a lograr legitimidad explícita en varios países de esos que gustan llamarse civilizados. Al mismo tiempo, también es cierto el crecimiento exponencial del control y la manipulación a partir de las redes sociales virtuales. Recordando entonces aquel viejo lema que reza “Los muertos que vos matáis gozan de buena salud” considero que estamos en un período de transición turbulenta en el que se mezclan los modos de dominación y de resistencia de la modernidad sólida y la líquida: hoy se tortura y se tuitea, estamos sometidos a controles disciplinarios y también a otros más ubicuos, nos explotan y nos auto-explotamos. Desde mi mirada seguimos hoy produciendo locos y criminales como en la sociedad disciplinaria y al mismo tiempo la sociedad neoliberal, que dice buscar el imperio de la felicidad genera sobre todo depresivos, aterrados y fracasados.

3. En *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, Max Weber sostuvo que las raíces del capitalismo había que buscarlas en el espíritu sacrificial del calvinismo protestante. Erenreich sostiene, y acuerdo con ella, que el capitalismo tardío, o modernidad líquida en términos de Bauman, está enraizado en el pensamiento positivo. Éste tiene la

extraordinaria habilidad de borrar completamente el lazo social y la historia para focalizar exclusivamente en el individuo. El examen calvinista de los pecados se transforma en un permanente escrutinio respecto de la propia actitud, la onda que le ponemos a la vida, las emociones que expresamos o sentimos y disimulamos. Lo que no cambia, es la exigencia de examinarse permanente. La diferencia está dada en que ahora no se trata de estar atentos a los pecados y dispuestos al sacrificio, sino que debemos seguir nuestra vocación, nuestra inspiración, nuestra visión controlando nuestras emociones, exigiéndonos al máximo y descartando toda “negatividad”. A diferencia del calvinismo, que fomentaba el sentido de grupo, el pensamiento positivo (en todas sus versiones) se concentra en el individuo y el auto-control. El disciplinamiento convive hoy con otras “tecnologías de trabajo de sí”, particularmente enfocadas hacia las actitudes y afectos individuales.

Ignacio Lewkowitz, fue un precursor de los estudios del campo de la subjetividad relacionados con nuestros modos de organización colectivos, cuando lúcidamente en 1998, o incluso antes, nos advirtió de las transformaciones del Estado nación y de la subjetividad humana. El Estado dejaba de ser el fundamento organizador del imaginario social y de la subjetividad para pasar a tener un rol administrativo, al mismo tiempo que el ciudadano daba paso al consumidor. Laval y Dardot dan cuenta de los cambios en las últimas décadas en su texto *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Allí nos muestran cómo el neoliberalismo ha construido otro modo de subjetividad que ellos han llamado el “Sujeto empresarial”. Éste sujeto está regido por la obligación de eficiencia que lo lleve a triunfar en la lucha competitiva generalizada. Desde esta perspectiva cada hombre y cada mujer se imaginan como una “empresa de sí mismos”, y conciben lo humano como una forma de capital (capital humano, recursos humanos). La empresa es promovida al rango de modelo de la subjetividad: El emprendedor, el innovador, el CEO, son las figuras emblemáticas de la subjetividad neoliberal caracterizada por una lógica empresarial extendida a todas las áreas del vivir: la pareja, la amistad, los vínculos laborales, la política

4. En primer lugar me parece que sería interesante cuestionar la noción de ideología. A mi entender esta nos proporciona un foco muy estrecho para concebir los modos humanos de comprender-sentir-actuar. La noción al uso de ideología es parte del marco conceptual moderno que supone la



disociación cuerpo-mente, afecto-pensamiento, teoría-praxis. A mi entender, lo más eficaz para contrarrestar el avance de la protocolarización de la vida no es criticar esta forma de vida, sino crear nuevos modos de existencia capaces de acoger la complejidad y la diversidad. Ese camino superar las capturas imaginarias instituidas para lo cual es preciso habitar plenamente la experiencia para dar lugar a un pensamiento vital. En ese proceso considero crucial salir del hechizo de la objetividad, algo que no puede hacerse exclusivamente como trabajo personal sino que es imprescindible asumirlo como un proyecto colectivo. No se trata de una crítica intelectual sino de un proyecto vital en el que vamos construyendo otros modos de evaluar, de dar sentido. Ese proyecto supone, además, construir otros modos de organización y también otros vínculos institucionales y personales porque los modos de evaluación están inextricablemente ligados a las relaciones de dominación.

En ese sentido creo que es muy importante no crear bandos homogeneizando campos de por sí muy heterogéneos como las neurociencias que en muchas investigaciones se han mostrado más cercanas a algunas propuestas del psicoanálisis que a las del conductismo. No existe una sola neurociencia, como no hay un solo psicoanálisis.

5. No me sitúo en la vida desde ninguna disciplina. Llevo ya muchos años atravesando fronteras y creando configuraciones de pensamiento que no encajan en los casilleros establecidos, y disfruto mucho haciéndolo. A diferencia de los dogmas y las teorías, el pensamiento no es “encasillable” porque es fluido, porque deviene y muta, porque no funciona a partir de abstracciones y universales, sino que nace de la experiencia situada, encarnada y vital. Tal vez la mejor y paradójica respuesta consiste en darnos cuenta que eso que llamamos disciplinas están construido desde un modelo ideal, abstracto y pretendidamente universal, que establece compartimentos estancos en una naturaleza fluida y de lo que se trata es de movilizar un pensamiento situado, a la vez singular y común, tan intelectual como sensible, activo y afectivo, que no se deje capturar por lo instituido. Un pensamiento que nace de la exploración de la situación y no de la aplicación de una teoría universal a un caso particular, un pensamiento que nos permite a la vez comprender la singularidad y lo común, sin disociarlo, aceptando la inextricable pertenencia de todos y cada uno a la naturaleza. Desde mi mirada el trabajo terapéutico, ya sea en consultorio como desde las políticas públicas,

precisa ser pensando y efectuado desde una mirada capaz de encontrarse con la vida como ella se expresa: singularmente, pero no aisladamente, pues lo singular se gesta y vive en la trama común.



Doctor en Filosofía por la Universidad Autónoma de Madrid y Catedrático de Historia de la Filosofía Contemporánea del Instituto de Filosofía de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Miembro del *Center for Philosophy and Critical Thought of Goldsmiths. University of London*. Miembro y profesor de la Fundación Xavier Zubiri de Madrid. Director del Centro de Estudios Hegelianos y Director de Desarrollo del Instituto de Sistemas Complejos de Valparaíso. Autor de *Realidad y tiempo en Zubiri* (Comares, Granada, 2006), *Zubiri ante Heidegger* (Herder, Barcelona, 2008), *Hegel. La transformación de los espacios sociales* (Midas, Concón, 2012), *Flashback, miradas y gestos* (Midas, Concón, 2012), *Realidad y ser en Zubiri* (Comares, Granada, 2014), *El cuerpo y sus expresiones* (Universidad de Granada, Granada, 2014). Ponzio, P., *Galileo, el "Lince" de Occidente. En torno al método experimental* (Altavolta, Viña del Mar, 2015). *Hegel y las nuevas lógicas del Estado*, con Prólogo de Slavoj Žižek y Epílogo de Alberto Toscano (Akal, Madrid, 2016) y *Žižekreloaded. Políticas de lo radical* (Akal, Madrid, 2017). Ha escrito artículos en torno a Deleuze, Zubiri, Heidegger, Hegel, Nietzsche, etc. en revistas indexadas.

1. “¡Hazlo por ti mismo!”, expresa precisamente una paradoja, como diría Zizek; la paradoja de hacernos creer que hay algo así como un sujeto libre que puede hacer lo que quiere, pero por otra parte este sujeto libre no es muy “libre”, porque está mandado con “enormes cadenas de necesidad” a tener que hacer algo con su vida. Y en esta paradoja acontece, literalmente, una madre-capital que nos indica el camino de cómo podemos hacer por “nosotros mismos” un cierto destino. Tal destino, en el fondo, es el mandato universal de nuestra sociedad capitalista, que en estos momentos ya no es “tardo”, sino “militar”. Es el capitalismo militarizado (que cierra toda frontera y se vuelve segregador en su negocio) el que nos indica que hacer con nuestras vidas. En esta paradoja lo que se construye hoy es lo que yo llamo en mis escritos un “Zombie”. Una sociedad de humanos sin una historia, que pasa por encima la toma de decisiones de su propia praxis; el *zombie* construye una sociedad “des-sustancializada”. Solamente esta sociedad “hace” lo que ellos quieren; esto es, repetir lo mismo que se nos indica que es lo mismo que decir que nos demanda a seguir siendo esclavos del capital. Y que queramos ser esclavos y que nunca busquemos ningún tipo de revolución.

2. En una sociedad tan gravemente capitalista, la imagen es el gran fetiche que se transa en el mercado; porque ser feliz es un mandato. De allí el éxito, por ejemplo, de la Coca Cola (que te quiere hacer feliz cuando te la bebas) y, en general, de toda la publicidad. Esta está pensada para que seas feliz y si no lo eres; lo cual es obvio, te sientes culpable de ello. Eres culpable de ser un pobre desgraciado que no sabe agenciar su propia felicidad. En cambio, al parecer, los otros si lo hacen bien y aparentemente son felices. Pues se

ven felices, con dinero y, en ello, haciendo lo que quieren. Se ven exitosos. Y aquí la culpa se vuelve más radical para el fracasado. Ese sentimiento de culpabilidad es tan propio del cristianismo. Por eso Nietzsche juega desde la lengua alemana mostrando que *Schuld* es culpa y deuda a la vez, se es culpable porque uno se siente en deuda. No ha pagado lo que tiene que pagar; su propia deuda existencial y originaria (su pecado capital). Tiene una falta originaria. Una deuda que siempre arrastra y que nunca podrá pagar del todo. De allí su culpabilidad. Se es culpable porque se está en deuda como todo cristiano en esta era universal capitalista. El cristianismo devino capitalista y la absolutez de su universalidad siempre nos pasa factura. Además, el capitalismo nos da las pautas de cómo se paga la deuda, esto es, de cómo se es feliz en el medio, pero es una felicidad que nos atrapa al consumo constante, nuestro deseo colonizado esencialmente. Ya no sabemos ni lo que queremos, por eso a veces incluso votamos por candidatos nefastos que incluso atentan contra lo más propio de los valores que sostenemos. Ya no nos queda nada más que gozar y allí la culpa aumenta porque es imposible salir ese goce destructivo y nunca creador y diseñador de mundos para todos en nuestras diferencias.

3. En estos tiempos de falta de Ideas, solamente aparecen dos caras de lo mismo, por una parte, la negativa, esto es, la cara oscura de la manía, la cara bajón, donde todo da lo mismo y nada se puede cambiar y, por otra parte, la cara positiva, la que nos dice que sí se puede; es la cara de la euforia y del delirio, el frenesí. La fiesta que no se agota nunca. Esa primera escena de *La Grande Bellezza* de Sorretino (2013), todos bailando y nada más que bailando y bebiendo, con drogas, sexo, etc. Todo permitido para que acontezca



eso que es lo mismo, lo rutinario, lo aburrido; la propia esclavitud. Como esa brillante canción interpretada magistralmente por Emma Stone en *La La Land* (2016) y su canción *Someone in the Crowd*. No acontece nada en medio de la multitud, simplemente vacío y por eso Mia (Stone) huye con todo de esa fiesta, ahí nada acontece, después caminando a solas por las calles de Los Ángeles el sonido de un piano le cambiará la vida; es Sebastián (*Grosling*). Por este motivo, en ese vacío de Idea no acontece nada para nadie, nada; solamente aburrimiento de exceso o vacío. Pues ahí trabaja magistralmente el Capitalismo, ya que nos mantiene en la oscura depresión o bailando sin cesar en la fiesta estúpida.

4. Difícil detenerse ante la ideología capitalista del cálculo; el mismo Heidegger ya lo vio muy claramente en los años 30 y 40 y la salida no se veía nada obvia (y la propuesta por él es realmente horrorosa y peligrosa, pues de su ontología nace una ontología de lo político que está al límite de lo políticamente correcto). La ideología del cálculo lo permea todo. Pero como lo digo en mi último libro *Hegel y las nuevas lógicas del mundo y del Estado. ¿Cómo se es revolucionario hoy?* (Akal, Seg. Edi., Madrid, 2017), toda ideología es radicalmente una construcción histórica técnica y, por lo mismo, puede ser transformada o incluso cambiada; no hay ideología caída del cielo ni originaria ni a priori, sino todo lo contrario. Una ideología es una construcción y por lo mismo puede ser rediseñada o perecer. Y en esto acontece el levantamiento de una nueva idea. Una Idea siempre se puede levantar, ya desde una explícita toma de conciencia creativa, ya de modo inconsciente. Pero la Idea siempre acontece y cuando ello sucede todo se articula desde ahí y podemos esperar realmente el mejor de los mundos posibles. Porque ¡Sí se puede! Y ya se ha logrado en ciertos momentos. La revolución rusa de la mano de Lenin se realizó hace 100 años y se ve como si fuera hace mucho tiempo. Lenin lo logró, entonces ¿por qué nosotros no nos damos una Idea necesaria para nuestro desarrollo?

5. Es un grave problema. Y complejo de afrontar. Pero lo que está claro, y a la altura de estos años, es que no hay una universalidad normal para cada uno; una universalidad que desde cielo se aplica sobre y contra nosotros; y nos quiere normalizar desde nuestro cuerpo a nuestras ideas y afectos; lo que hay no es eso que busca radicalmente el capitalismo, si se puede, hablar así; lo que hay son

humanos múltiples y en sus diferencias. Y ellos en su propia diferencialidad, tienen un cierto margen de desarrollo en comunidad. Ya no podemos aceptar sistemas de normalización que llevan dentro de sí el vocabulario de la enfermedad para lo que sea. Hoy en la era del capitalismo extremo todo se transa en el mercado y por lo mismo a veces conviene enfermar una y otra vez a cada uno de nosotros; es un excelente negocio. El valor de cambio de la catástrofe, en general, y de la enfermedad, en especial, es un alto valor, luego el mercado de la enfermedad es muy lucrativo. Y por lo mismo, por ejemplo, el hombre se medica por cualquier cosa delante de todos y en distintos lugares de este pequeño globo llamado Tierra. Y en el ámbito de lo psicológico llega a ser un escándalo, porque el hombre se diagnostica todo tipo de trastorno, desde niños a viejos. El negocio no tiene escrúpulos. En el caso del niño todo lo que se ha hecho con vulnerabilizarlo porque no es “normal” como lo otros o porque no se adapta como los otros al medio capitalista emprendedor y competitivo es reamente brutal y estúpido.

